

en una «sacralización del laicismo» y sustituyendo el confesionalismo religioso por una confesionalismo laicista (p. 97).

En el Capítulo 5 (pp. 99-131) el autor nos da las claves de su propuesta y de todo el libro. Las convicciones religiosas y la pluralidad de tradiciones, lejos de ser un obstáculo, son las fuentes de las que se alimenta el caudal de una ciudadanía democrática, con tal de que se distinga entre las convicciones religiosas y el compromiso ciudadano en condiciones de una laicidad democrática que acepta las diferentes identidades y tradiciones plurales presentes en la sociedad. El Estado liberal necesita sustentarse en unas bases pre-políticas entre las que las convicciones religiosas tienen su puesto. Pasa revista en este contexto al debate entre Habermas y Ratzinger (pp. 123-131).

La *Tercera Parte* (pp. 135-261) consta de cuatro capítulos que vienen a apuntalar y complementar los tratados en los capítulos 4 y 5. En tiempos de pluralismo cultural y de pluralismo de convicciones no queda más remedio que interpretar o traducir de unos planteamientos a otros (p. 128), es decir se necesita una concepción hermenéutica de la moral. Así lo admiten y proponen cada uno a su manera el último Habermas, Taylor y Ricoeur. De esta concepción hermenéutica trata ampliamente el Capítulo 6 (pp. 135-188).

Frente a quienes consideran que insistir en los temas de la verdad daña la convivencia y que por lo mismo el relativismo es el único caldo de cultivo de la tolerancia, el autor reivindica la posibilidad de compaginar la comprensión hermenéutica de las diferentes posturas, identidades y tradiciones, con el compromiso con la verdad. Eso le lleva a proponer una tolerancia post-liberal capaz de compatibilizar la democracia liberal con el compromiso con la verdad. De esto trata el Capítulo 7 (pp. 189-212).

El Capítulo 8 (pp. 213-237) se hace eco de los planeamientos de René Girard y Paul Ricoeur sobre la violencia y, por último, el Capítulo 9 (pp. 238-261) propone una espiritualidad capaz de alentar un desarrollo integral. El volumen se cierra con la referencia a las versiones previas de los textos de los diferentes capítulos que se publicaron entre 2001 y 2010.

Es de agradecer esta contribución valiente, reflexiva y matizada que puede ayudar a que las identidades religiosas encuentren su sitio y hagan su contribución a una convivencia ciudadana enriquecida con los múltiples caudales y propuestas de humanidad.

AUGUSTO HORTAL ALONSO

A. LENTI, *Don Bosco: Historia y Carisma 1*, Madrid: CCS, 2010, 607 págs.

Hace ya casi dos décadas apareció la traducción española de la Historia de la Iglesia de Guy Bedouelle. En las primeras páginas de ese buen texto, Bedouelle resume el estado de la cuestión de la Historia de la Iglesia como disciplina, su evolución y su relación con recientes estudios bíblicos.

El historiador —afirma Bedouelle— ha adquirido en el terreno de los métodos una autonomía completa, el problema esencial es el de la *interpretación*. Se trata

—prosigue— de descubrir el curso y el entrelazamiento de los acontecimientos humanos y fijar objetivamente su recuerdo.

Hoy se abren —ante el historiador de la Iglesia— la historiografía, la historia de las mentalidades y la historia de segundo grado. El historiador debe, según esto, lograr escribir la historia de *su* tiempo con sus limitaciones, partiendo del *documento* y periodizar claramente el tiempo. La periodización forma parte del pensamiento del historiador. Hoy se profesa —paralelamente— un respeto a los documentos, facilitado por el acceso a *las fuentes*. Éstas constituyen la raíz del método histórico crítico.

A finales del siglo *xvi* y hasta finales del *xviii* aparecen los grandes lectores y recopiladores de documentos. Ese es el caso de los jesuitas belgas llamados Bollandistas y de los benedictinos franceses de San Mauro (Mauristas).

El final del siglo *xix* es el tiempo de los grandes ensayos de síntesis y de documentación exhaustiva.

Con la historia de las mentalidades surge una *nueva historia* abierta al comportamiento de las masas, estadísticas, detalles, registros nimios y expedientes. La historia de segundo grado ayuda a ubicar multifactorialmente *el contexto* y dar valor a elementos no detectables a primera vista.

El siglo *xx*, pues, nos ha abierto a la posibilidad de emprender nuevos caminos y replantear otros con un tratamiento más adecuado históricamente.

Pienso que es eso —precisamente— lo que hace Lenti con la vida y obra de San Juan Bosco (1815-1888) de manera magistral. Tanto que las primeras 86 páginas (capítulos I y II), dedicadas al estudio de las fuentes y de la tradición biográfica sobre Don Bosco, son una joya de inestimable valor para historiadores, científicos sociales e investigadores.

Allí está planteado —en la praxis— la fisonomía y alcance del método histórico-crítico aplicado a los documentos —muchos de ellos desconocidos o mal interpretados— relativos a la vida y obra de Don Bosco. Utilizando el recurso hermenéutico ubica, valora, contrasta y —muchas veces— corrige, documentos e interpretaciones sobre Don Bosco tenidas por indubitables al sol de hoy.

De este modo, derrumba contundente y definitivamente mitos y visiones superficiales sobre Don Bosco. En este sentido, destaca el trabajo realizado sobre el texto de las *Memorias del Oratorio* porque somete a examen crítico anécdotas de la vida de Don Bosco convertidas en «categorías»: Don Bosco opuesto a los párrocos; revolucionario perseguido por las autoridades civiles; abandonado y solo; Don Bosco no implicado en política. Lenti demuestra que todas esas anécdotas son falsas.

Otros episodios, como el «sueño de los nueve años» y el encuentro —no demostrable documentalmente— con Bartolomé Garelli o el ingreso del primer huérfano al asilo de Valdocco tienen un alto componente simbólico. Más allá del cientificismo o del providencialismo, algunos textos, como las *Memorias del Oratorio*, escritas, corregidas y completadas (1879) en la ancianidad de Don Bosco, están condicionados por el recuerdo y el tiempo. De allí la importancia de definir y comprender ajustadamente los documentos. ¿Y si Don Bosco mismo se equivocara en fechas tan fundamentales como su propio nacimiento, el encuentro con Cafasso o la periodización de sus estudios?

El volumen de documentos considerados o reconsiderados por Lenti es impresionante. Han sido pesquisados documentos de archivos parroquiales, civiles y municipales no conocidos. Laudable —y de positivo efecto pedagógico— es la inclusión continua del contexto regional, nacional y mundial —político, religioso y cultural— en el estudio de la vida y obra de uno de los santos más radicalmente comprometidos con los asuntos sociales a finales del siglo XIX en Europa.

Así que el que no tiene interés en algún aspecto, verá cubierto su interés en otro. Quien esté interesado en una lectura «devota» del texto encontrará lugar para hacerlo. Quien se sienta inclinado por el análisis de la aparición y estructuración de las realidades socio-políticas también lo hallará bien tematizado. Quien busque una historia de la cultura europea, diacrónica y sincrónicamente tratada, hallará en estas páginas espacio prominente.

Muy útiles y atrayentes resultan los apéndices, ilustraciones y tablas, pues, sirven para encuadrar, sintetizar y ubicar al autor, su época y sus tramas vitales.

Para los editores del texto se trata de «dar a conocer a Don Bosco para amarle». El resultado del texto para nosotros es que el Don Bosco revelado es un ser humano excepcional. Luego de la publicación de este texto, atrás quedarán las exageraciones, las imprecisiones, las traiciones afectuosas.

Si ya en vida de Don Bosco la biografía de A. Du Boys (1885) había parecido estar destinada a desbancar las anteriores, ésta nueva, la de Arthur Lenti, está llamada a ser la definitiva obra crítica sobre la vida y obra de Bosco. Es un regalo del autor y del cielo que esto se produzca cercano al bicentenario (2015) del nacimiento del Santo de los jóvenes.

Pero, volviendo a los asuntos de historia, historiografía, historia de segundo grado y estudio de las mentalidades, Lenti —fundamentalmente— denuncia con sumo respeto la mentalidad precientífica —yo diría paleopositivista— con la que se hizo la historiografía anterior a él. Esa mentalidad no respetó textos, estilos, contextos. Tal crítica afecta considerablemente a Don Lemoyne.

Al ubicar a Don Bosco en su contexto vital destaca el apego afectivo que Ruffino, Bonetti, Barberis, Berto, Viglietti, Rúa, Lemoyne y Cagliero tenían hacia él como condición para convertirse en sus cronistas e historiadores. ¿Será también un límite?

Al situar al santo en su contexto religioso, Lenti destaca un elemento fundamental para la hermenéutica de Don Bosco: la influencia directa, consciente y deseada de los jesuitas, paúles, franciscanos, oblatos, oratorianos, etc. Por eso, al estudiar la acción social de Don Bosco, su espiritualidad y pastoral, no se podrá dejar de lado que Don Bosco sintetiza vital, espiritual y pedagógicamente esas influencias.

Si de pedagogía se trata, el texto —sobre la base de los grandes clásicos salesianos, Braido, Stella— dedica páginas sencillas, pero profundas al «método» educativo de Don Bosco: la «Asistencia», y su interdependencia con la relación educativa, la familiaridad y la caridad pastoral. En ese método confluyen —igualmente— su teología sacramental y su propuesta de espiritualidad juvenil (pp. 107ss).

El Capítulo IV de la obra constituye un resumen bien logrado de la situación histórica y político-social durante la Revolución francesa y el Congreso de Viena.

El Capítulo V —de importancia capital para nosotros— conforma una rigurosa, amplia y documentada, pero afectivamente intensa, relación de la tierra natal de Don

Bosco y su familia. Con los datos de los archivos parroquiales del pueblo se devela la verdadera fecha de nacimiento de Don Bosco: miércoles 16 de agosto de 1815, y no el 15 como el mismo Don Bosco afirmó y durante años creyeron los salesianos. También se demuestra el error en el lugar de nacimiento. Juan Melchor Bosco Occhiena nació en la Casa Biglione y no en la «casita» de I Becchi como se ha creído.

También destaca —por los ribetes conmovedores— la figura y presencia fuerte, fundamental y heroica de Mamá Margarita.

El Capítulo VI narra —en tonos dramáticos— la conmoción política (1815-1824) generada en la tierra de Don Bosco —el Piamonte— y Nápoles por las revoluciones. En la «historia mínima» la figura que descuella es —otra vez— la abnegada madre de Don Bosco y su acción educadora. Aquí Lenti se dedica con intensidad al análisis documental-hermenéutico del sueño de los nueve años. No se cede al vaciamiento positivista.

Los difíciles años de la adolescencia de Juan Bosco (1824-1830), huérfano de padre, son expuestos en el Capítulo VII. Allí Lenti ubica el contexto general y el familiar. En este último aparece la figura —cargada injustamente de mala prensa— del hermanastro Antonio, a quien re-presenta. Se corrige el análisis temporal hecho por Don Lemoyne y se corrigen fechas que ayudan a reinterpretar los acontecimientos de la vida familiar de Juan Bosco. Se narran las peripecias de Juanito Bosco, criado, y se relata en tonos conmovedores la aparición de Don Calosso. Figura potente de padre sustituto.

Hasta aquí es claro que Don Bosco ha vivido sostenido por relaciones humanas intensas, creativas y familiares. Esta experiencia formará el corazón de quien será el Padre, maestro y amigo de los jóvenes.

Capítulo VIII: Don Bosco ingresa —con sacrificios extremos— a la escuela de Castelnuovo. Se suceden los movimientos revolucionarios de 1830. Don Bosco se encuentra con la figura impactante y futuramente permanente del entonces seminarista José Cafasso. Ese encuentro lo marcará. La confianza y familiaridad entre Juan Bosco y Cafasso, como entre el primero y Luis Comollo, definirán la vida y obra del futuro «pastor de Turín».

El Capítulo IX narra el ingreso de Juan Bosco a la escuela secundaria pública de Chieri (1831-1835). Juan Bosco, joven serio y responsable, funda en 1833 la «Sociedad de la alegría» a la que asociará a sus amigos y, en el futuro, a sus «alumnos» del Oratorio. Está surgiendo una nueva espiritualidad. Aparecen aquí otras figuras paternas a Don Bosco: Don Giussiana, Don Banaudi y Don Maloria, sacerdotes. En este época conoce a Luis Comollo, quien se convierte pronto en su amigo, confidente y modelo, no obstante ser un tanto menor que Don Bosco.

El estudiante Juan Bosco destaca por una memoria prodigiosa que lo lleva a adelantar muy rápidamente en los estudios. Duerme poco, tal vez habituado a ello por Mamá Margarita, lee hasta tarde. Enferma. El diagnóstico: enfisema. Ese será su padecimiento casi permanente. De nuevo, en 1846, ya sacerdote, estará al borde de la muerte con una bronconeumonía. Al final de este período, en 1834, decide entrar —y es aceptado— con los franciscanos de Chieri. En un sueño es disuadido. Entra en crisis vocacional.

Un capítulo —el X— es dedicado enteramente a un periodo y una situación biográfica mal historiadadas: la crisis vocacional (1834-1835). Juan Bosco se debate entre

el seminario y el noviciado; no entre ser o no sacerdote. Asunto que estuvo tempranamente claro y se convirtió en el motivo fundamental de las desavenencias —razonables— con el hermano Antonio; encargado de la economía del hogar a la muerte del padre. Resuelve su crisis y decide dedicarse enteramente a los jóvenes abandonados. De nuevo, en 1844, expone a Cafasso, su director espiritual, su intención de hacerse Oblato y marchar a las misiones. Cafasso lo disuade aduciendo su débil salud.

El Capítulo XI expresa la formación sacerdotal en el seminario de Chieri que, como seminarista residente, obtuvo Don Bosco. Fueron —según él mismo afirma— años felices; con buenas calificaciones y con la amistad —sólo truncada por la muerte prematura— de Luis Comollo.

Tanto de los testimonios de Don Bosco como de los documentos de la época emerge una conclusión: la enseñanza allí era superficial y dogmática. Don Bosco equilibra magníficamente esta situación haciéndose ávido lector de obras religiosas. Su interés especial radica —lo sabemos por los documentos— en temas históricos y morales. A esos temas dedica casi cuatro horas diarias de estudio.

Tal praxis estaba prohibida en el seminario, pero los superiores del seminarista Juan Bosco, enterados, no se opusieron. En efecto, un ambiente cerrado, jansenista, reinaba en el seminario con un énfasis extremo en temas como la muerte, el infierno, la predestinación. Sólo muy lentamente va entrando a ese recinto el «benignismo» jesuita y en el Convictorio del que Juan Bosco —apenas ordenado sacerdote— formará parte. Juan Bosco vuelve a enfermar y convalece un mes.

El último año de seminario y el primero de sacerdocio de Juan Bosco (1840-1841) son narrados con detalles extremos en el Capítulo XII. Juan Bosco ha sido influido profundamente en su espiritualidad por Don Cafasso y San Alfonso Ligorio en el sentido negativo del «terrible» compromiso sacerdotal. Progresivamente, el novel sacerdote va trascendiendo esos aspectos negativos de la «fuga mundi» y perfila —influido por San Francisco de Sales y San Felipe Neri— una espiritualidad orientada al apostolado alegre. Juan Bosco es ordenado el 5 de junio de 1841. Diez días después celebra la misa en su parroquia natal de Castelnuovo.

Destaca, al final de este capítulo, el apéndice (pp. 305-318) que es un buen logro compendio de Historia de la Iglesia, doctrinas y sistemas morales del siglo XVI al XIX.

El Capítulo XIII relata la experiencia de Don Bosco en el Convictorio eclesiástico (1841-1844). Se trata —en síntesis— de una experiencia de equilibrio formativo y teológico en la vida de Don Bosco.

El ambiente del Convictorio era contrario al jansenismo, al liberalismo y al galicanismo. Se vive una fuerte influencia de los jesuitas, entre otras cosas, a través de las «Asociaciones de amistad». Además, los modelos de teología moral y pastoral propuestos son otros muy distintos: San Carlos Borromeo, San Felipe Neri y San Francisco de Sales. Con ello Cafasso ayuda a Don Bosco a dar un giro en su espiritualidad basada en el amor y en la caridad pastoral. En efecto, Don Luis Guala y José Cafasso son los fundadores y almas del Convictorio.

A una época de crecimiento sigue el enfrentamiento con el Arzobispo Gastaldi quien disuelve el convictorio. Gracias a esta vivencia, Don Bosco conoce las cárceles (con presos indiferenciados) y la experiencia de los oratorios en Turín encabezada por esos tiempos por el fundador, el insigne sacerdote Juan Cocchi (1813-1895).

El Capítulo XIV es el más impactante de todos y de los más documentados; expresa el «descubrimiento» explosivo de Don Bosco de los jóvenes «pobres y abandonados» en Turín. Se narra desencarnadamente la situación social, moral y religiosa de la juventud. El aumento de la población y la expansión urbana coadyuvan al empeoramiento de las condiciones de vida de la población campesina, hambre, exceso de trabajo o desempleo, indigencia, mendicidad, analfabetismo. Aumentan los robos, suicidios, infanticidios. Abandono moral y espiritual. Don Bosco da una respuesta rápida y adecuada a través del Oratorio y del Asilo de huérfanos. A él llegan pedreros, albañiles, vendedores, limpiabotas, rateros, desertores, etc. Don Bosco debe atenderlos mientras busca apartar a los jóvenes de vicios, peligros y de las bandas juveniles omnipresentes. Las estructuras parroquiales son insuficientes. El Oratorio las trasciende. En el Oratorio los jóvenes encontrarán un hogar, una escuela y un patio donde jugar. La novedad del Oratorio de Don Bosco: la básica finalidad religiosa.

Este capítulo cierra con un buen apéndice (pp. 380-388) sobre la Historia de la Casa de Saboya y el estado religioso de la diócesis de Turín entre 1831-1890.

El Capítulo XV describe los inicios del *Oratorio de San Francisco de Asís* y analiza sus posibles orígenes. Se critica la “tradición” Garelli como no documentada, la narración del inicio del Oratorio con los dos jóvenes adultos y la afirmación más genérica de la conformación de la experiencia —exclusivamente— con jóvenes salidos de las cárceles. El Oratorio fue constituido por jóvenes varones en una actividad de fin de semana, por un lado, una escuela, por el otro, y un hogar, al final.

El Capítulo XVI —que forma unidad con el anterior— narra la dramática itinerancia del Oratorio de Don Bosco y los apoyos y distanciamientos con la Marquesa Barolo (1844-1846). Cuando se relata la reconstrucción crítica de los lapsos y periodos de evolución, traslado y fortalecimiento del Oratorio se corrige las Memorias de Don Lemoyne.

En la constitución del Oratorio de Valdocco y en la fundación de otros dos, la figura señera, fiel y heroica que aparece es la del teólogo Don Borel, quien antes había sido bastión fundamental de un excepcional trabajador social: Don José Cottolengo. Don Borel acompaña siempre y en todo a Don Bosco y celebra —como suya— la alegría del reconocimiento en 1869 de la sociedad salesiana.

En el Capítulo XVII encontramos el compromiso vocacional definitivo de Don Bosco (1844-1846) con los jóvenes. Más allá del mito y de la tradición tejida a partir de él, Don Bosco no estuvo solo en esa obra nunca. Desde su madre hasta las autoridades civiles como Cavour, o sacerdotes amigos como Don Merla, Borel o Cafasso, él llevó adelante — siempre con la ayuda de Dios — su acción social y religiosa a favor de los jóvenes.

Contra la tesis de Lemoyne que los “ayudantes” de Don Bosco le abandonaron o lo supusieron demente, está la prueba de mamá Margarita muerta en el Oratorio (1856); Borel alquilando la Casa Pinardi (1846) para el Oratorio, y un largo etcétera de asociados a su obra, entre sacerdotes y laicos, entre los que destacan Vola, Cárpano, Trivero y Paccioti, siempre activos en las actividades religiosas, las clases, los juegos. Tan es así que Don Bosco enferma, luego de enfrentarse a la Marquesa, es desahuciado por los médicos, y, mientras, sus “colaboradores” se encargan entera-

mente del Oratorio. En 1846 regresa Don Bosco a Turín, medianamente curado, con Mamá Margarita.

La revolución liberal y el *Risorgimento* italiano (1848-1849) son tratadas ampliamente como el contexto político en el que se desarrolló parte de la obra de Don Bosco. La guerra del Piamonte contra Austria (1848), la aparición de las constituciones liberales, la declaración de la república romana (1849) y el regreso del papa Pío IX a Roma, el gran protector de la obra salesiana, constituyen intensos episodios de este periodo. Agitado espacio histórico vital en el que Don Bosco debió vivir y expresó —más allá de parcialidades políticas— su fidelidad a la Iglesia y al Papa.

El Capítulo XIX vuelve sobre el Oratorio y sus primeros pasos. La narración es muy amplia y detallada. Luego de muchas peripecias, incertidumbres y pruebas, en 1846 se alquila la casa Pinardi —antigua casa de citas— por tres años para el funcionamiento estable del Oratorio. Seguidamente, Don Bosco abre un asilo anexo a la casa (1847), respondiendo a la urgente necesidad de orfandad creciente, en la tradición de santos anteriores: Felipe Neri, José de Calasanz, Vicente de Paúl y La Salle.

De dudosa debe calificarse la noticia según la cual Mamá Margarita y Don Bosco llevan al asilo al «huérfano de Valsesia» (1847) de 15 años.

La obra del Oratorio crece y se expande, lo que motiva la apertura de otro Oratorio en Porta Nova (1847). Es la época en la que Don Bosco y el Oratorio sufren atroces oposiciones externas: los judíos y los valdenses.

En 1849 se (re) abre el Oratorio del Ángel de la Guarda. Este mismo año, en el Oratorio de Valdocco Don Bosco establece clases nocturnas. Pero no es el primero. El padre Andrés Marco fue el pionero el 3 de diciembre de 1845.

El Capítulo XX trata de los conflictos y crisis internas al Oratorio. Es el más delicado de los capítulos; el tema con mayor sombra; ni siquiera se ubican protagonistas y asuntos específicos. Más bien se transmite la idea de que los conflictos fueron el producto natural de desacuerdos, incomprendiones y hasta diferencias políticas entre los distintos directores y personal de los oratorios. El conflicto se resuelve con el reconocimiento de la Santa Sede y del arzobispo Fransoni de Don Bosco como el director espiritual único de los Oratorios (1852). Ya en esta época la obra del Oratorio puede sintetizarse como la provisión para el joven de un hogar, una iglesia, una escuela, un patio.

El texto cierra —Capítulo XXI— con el reglamento de Don Bosco para el Oratorio y la exposición del perfil de Don Bosco como escritor (1844-1849). Especial interés tiene este capítulo no sólo porque se evidencia que los reglamentos se escribieron como el fruto de una experiencia anteriormente vivida, sino porque se aprecia la fisonomía, características y finalidades del oratorio y de toda la obra educativa, humana y religiosa de este gran santo del XIX. Todo el reglamento está centrado en el cumplimiento del deber escolar y religioso y en la práctica frecuente de recepción de los sacramentos.

Impresiona tanto o más que el cariz de los Reglamentos, sabiendo la ingente actividad social de Don Bosco, la labor intensa del santo como escritor y comunicador. Él declara ser el autor de 26 obras (p. 562), pero Arthur Lenti le contabiliza 170 obras mayores. Una de ellas, *El Joven cristiano* (1847), tuvo 118 ediciones y traducciones al francés, castellano y portugués antes de la muerte de Don Bosco (1888).



Otra de sus obras, la *Historia de Italia* (1855), fue traducida al inglés como su *Historia eclesiástica*, ampliamente utilizada y recomendada. Pero lo más interesante es que Don Bosco escribe (1849) una *Introducción al Sistema Métrico* —con intención académico-moralizante—, que fue todo un éxito hasta el punto de ser re-editada en 1851, 1855 y 1875.

Obra extraordinaria; llena de tópicos y sendas. Excelente esfuerzo y logro en que se sintetizan armónicamente una visión realista de la vida y obra de Don Bosco y su auténtica motivación religiosa.

Sólo hecho de menos, como útil herramienta de investigación y docencia, un índice analítico de temas y autores.

WILLIAM RODRÍGUEZ CAMPOS

A. MARTÍN FERNÁNDEZ-GALLARDO, *San Rafael Arnáiz Barón —vida y mensaje del hermano Rafael—*, Madrid: Edibesa, 2009.

Los escritos y Obras Completas del Hermano Rafael ya son conocidas. Pero faltaba una biografía completa, crítica y actualizada del ya San Rafael. Es esto lo que ha hecho —de manera extraordinaria— el maestro de Novicios de la Trapa de San Isidro de Dueñas, padre Antonio María Martín. El padre Antonio es un profundo conocedor de la vida y obra de este santo de nuestro siglo.

Es una obra —bellamente editada e ilustrada— en que se cuenta, documentadamente, la corta vida del joven burgalés (1911-1938), estudiante de arquitectura en Madrid, que dejó las comodidades de su hogar para hacerse monje y entregar su vida a Dios en el amor a la Cruz.

Corta vida, pero intensa humana y espiritualmente. La biografía inicia con el nacimiento de San Rafael (9 de abril de 1911), en la turbulenta España de inicios del pasado siglo, en el seno de una familia católica de clase alta: los condes de Maqueda. Bautizado el 21 de abril en la iglesia de santa Águeda, recibe dos años después el sacramento de la confirmación, y a los ocho años de edad, el 25 de octubre de 1919, hizo su primera comunión en la Iglesia de las monjas de la Visitación.

Crece en una atmósfera y una cultura religiosas. Dos de sus hermanos —de hecho— se hacen religiosos. En casa aprende a leer, a rezar, música y francés. En octubre de 1920, con 9 años, fue matriculado como alumno externo en el Colegio de la Merced, de los jesuitas, donde se alistó como Congregante de María Inmaculada. Enferma gravemente de pleuresía —la enfermedad que acabaría con Domingo Savio— y sana. Por eso, a finales del verano de 1921, el padre de Rafael se fue con él a Zaragoza para ofrecérselo a la Virgen del Pilar en acción de gracias.

A partir de 1922 se traslada a Oviedo. Prosigue sus estudios en el colegio de San Ignacio, en el curso académico 1922-1923, con doce años de edad. Su clara inclinación religiosa ya era palpable en este tiempo. En el colegio llegaba siempre a Misa y comulgaba a diario. Se dedica a la pintura y al violín.